

de Mouzon (1), decidió celebrar las pascuas en esta ciudad (en el año 539); pero entonces cayó su hijo mayor Teodeberto muy enfermo de un tumor en el cuello. Cuando se curó, convocó Childebarto sus hombres de armas é hizo todos los preparativos para marchar con una gran hueste contra los longobardos de Italia; pero éstos, cuando lo supieron, le enviaron una embajada con regalos y le dijeron: «¡Haya amistad entre nosotros! No queremos morir; preferimos pagar un tributo fijo, y estamos también dispuestos á auxiliarte contra tus enemigos siempre que fuere necesario.» Childebarto comunicó estos ofrecimientos á su tío Gontran por medio de una embajada, y Gontran estuvo conforme con que se admitiesen, y aun dió sus consejos para las estipulaciones de la paz. Entonces mandó Childebarto á su hueste la órden de detenerse, y al mismo tiempo envió mensajeros á los longobardos para decirles que estaba dispuesto á hacer regresar su hueste si ellos cumplían lo que habían ofrecido; mas esto no se hizo (2).

»A invitacion del obispo Maroveo envió el rey Childebarto (á Poitiers) en calidad de repartidor de contribuciones á su mayordomo de palacio (3), Florenciano, y al jefe militar de palacio, Romulfo, á fin de formar nuevas listas de contribuyentes y de cupos, pues hasta entonces habían seguido rigiendo los del tiempo de su padre, á pesar de que muchos de aquellos contribuyentes habían ya muerto y el peso de las contribuciones cargaba sobre viudas, huérfanos y gente endeble (4). Los comisionados lo examinaron é investigaron todo; eliminaron á los pobres y débiles, y apuntaron en las listas á los que resultaron con justicia contribuyentes. Así llegaron también á Tours; pero cuando allí quisieron cargar sobre la poblacion el impuesto, diciendo que se regian por el libro de contribuyentes del tiempo de los reyes anteriores y que llevaban este libro consigo, les dije yo: «Notorio es que la ciudad de Tours fué clasificada en tiempo del rey Clotario para el pago de contribuciones, y también se sabe que estos libros fueron enviados al rey; pero el rey, dominado por el respeto que le inspiraba el santo obispo Martin, hizo quemar los libros de contribuyentes. Muerto Clotario, juró el pueblo de Tours fidelidad al rey Cariberto, y éste en cambio prometió también con juramento que no impondría al pueblo nuevas cargas ni usos nuevos, sino que lo dejaría continuar en las mismas condiciones en que había vivido en tiempo de su padre; y así prometió que no dispondría nada que tuviese carácter de despojo. Gaiso, entonces gobernador de la ciudad, empezó á pesar de todo á cobrar contribuciones, pues le entregaron las listas de los contribuyentes hechas anteriormente (5); pero el obispo Eufonio se opuso á que continuara cobrando. Entonces el gobernador, con la poca cantidad que había cobrado, se presentó al rey y le enseñó el libro de reparto de contribucion; pero el rey tenía miedo al poder de San Martin y suspirando arrojó las listas al fuego y remitió las monedas de oro recaudadas á la basílica de San Martin con la promesa de que ningun habitante de Tours pagaría en adelante contribucion. Muerto Cariberto, pasó la

(1) *Momotiaccensis, Momociacum*. No hay otra noticia alguna de tal obispado. Valesio (Valois) y Coincio opinaban que era el obispo de Magancia; otros autores se inclinan á favor del de Noyon. Mouzon está á orillas del Mosa.

(2) Porque no se habían humillado tanto como dice Gregorio, que si bien mira á los germanos todos como inmensamente inferiores á los pueblos latinos, prefiere sus amos los francos á los demás y toma siempre su partido en sus relaciones con los otros.

(3) Al cual tocaba administrar las rentas del tesoro de su amo, y esta vez formar también las listas de los contribuyentes.

(4) Quizás se refiera á la capitacion, pero esto no es muy probable.

(5) El rey ó sus privados, á pesar de las promesas solemnes y juramentos de Cariberto.

ciudad al poder de Sigeberto, el cual no le cobró contribucion ninguna; ni tampoco las ha pedido Childebarto, que reina va ya para 14 años desde la muerte de su padre, de suerte que la ciudad nunca ha tenido que soportar el peso de las contribuciones. Ahora vosotros sois dueños de imponerlas ó no; pero cuidad de no atraeros alguna desgracia obrando contra aquel juramento.»

»A este discurso replicaron: «Mira aquí el libro en que constan los cupos de contribucion impuestos á los habitantes;» mas yo contesté: «Este libro no ha sido sacado del tesoro real, ni ha regido en tantos años como han pasado; y no sería extraño que lo hubiese guardado alguien en su casa con intencion de hacer daño á estos vecinos; pero Dios castigará á los que al cabo de tanto tiempo han sacado al sol este libro para despojar á nuestra ciudad.» Aquel mismo dia cayó enfermo de calenturas el hijo de Audino, que había sacado el libro de donde había estado oculto hasta entonces, y al tercer dia falleció. Nosotros entretanto enviamos mensajeros al rey suplicando nos mandara sus órdenes respecto de este asunto, y nos mandó á la vuelta una carta con la órden de que no se impusiese contribucion al pueblo de Tours por la veneracion debida á San Martin. Habiendo leído esta carta á los hombres enviados para imponer la contribucion, se retiraron y regresaron á su país.»

Es evidente que el rey mandó á los comisarios de amillaramiento á Tours, ciudad populosa y rica, y que solo el temor al castigo de San Martin le hizo desistir de su empeño de poner á contribucion á aquellos ciudadanos. Su obispo supo defenderlos tan hábil como resueltamente, sosteniendo con el privilegio de la exencion de impuestos la autoridad y el respeto debidos á su santo patron, siendo casualmente apoyado por un aparente milagro del santo. Decimos aparente porque ni siquiera debe sospecharse que el honrado obispo Gregorio tuviese la menor participacion en la muerte del hijo de Audino. En este caso como en muchos otros la casualidad vino al auxilio de la Iglesia, y despues estas casualidades fueron atribuidas por las personas maliciosas y luego por los historiadores anti-clericales á malas artes del clero.

«Convocó el rey Gontran la fuerza armada para una expedicion contra la Septimania, y habiendo el jefe Austrovaldo tomado ya antes la ciudad de Carcasona y hecho jurar á la poblacion obediencia y fidelidad al rey Gontran, envió éste á Boso y Antestio con la nueva hueste á conquistar las demás ciudades. Antestio avanzó arrogante y soberbio, reprendió á Austrovaldo por haberse atrevido á entrar sin él en Carcasona y se dirigió con gran boato á esta ciudad con los guerreros de Saintes, Perigueux, Burdeos, Agen y Toulouse. Los godos, enterados de esta marcha, se pusieron en emboscada y Antestio acampó junto á un pequeño rio (el Aude), cerca de la ciudad. Allí se puso á comer y á beber, hablando mal de los godos; pero mientras todos estaban comiendo muy descuidados, fueron sorprendidos por una partida de godos. Levantáronse con gran gritería y atacaron al enemigo, que hizo poca resistencia y huyó perseguido por los francos; pero súbitamente se vieron éstos rodeados por los godos de la emboscada, que los acuchillaron. Pocos lograron huir, porque apenas les dejaron los godos tiempo de montar á caballo, teniendo que abandonar todos los efectos donde acamparon, juzgándose muy felices con salvar la vida. Los godos que les perseguían se llevaron todo el bagaje, y toda la gente de á pie cayó prisionera. Los muertos fueron en número de 5,000 aproximadamente y el de prisioneros 2,000; de éstos, los vencedores dieron libertad á muchos, que volvieron á su país (6).

(6) Segun Isidoro y Juan Biclario fué esta la mayor victoria de los godos; el último dice que el ejército franco contaba 60,000 hombres. El duque Claudio de Lusitania era el jefe del ejército godo.

»El rey Gontran, furioso, mandó cerrar todos los caminos á los súbditos de Childebarto (1), «porque, — decia, — su perversidad ha sido causa de la destruccion de mi ejército, pues ha hecho un convenio con el rey de España, y si aquellas ciudades no se me han sometido ha sido á instigacion suya.»

Esta sospecha prueba el estado de ánimo del mejor de los merovingios, que estaba siempre recelando traiciones, aun de sus mismos parientes y herederos. Childebarto había prometido la mano de su hermana á Recaredo y cambiado con éste promesas de paz y amistad, y no era de creer que se hiciese reo de la estúpida felonía de que su tío le acusaba. El pacto de Andelot le instituía heredero de su tío, y, por tanto, no era natural que impidiese la conquista de Septimania, que en caso de realizarse había de engrosar su herencia.

«A este motivo de odio enconado se agregó el que produjo el envío á Soissons de Teodeberto, el hijo mayor de Childebarto. Este viaje hizo decir á Gontran: «Mi sobrino envia á su hijo á Soissons para que entre en Paris y se apodere de la parte que me pertenece;» mas ni remotamente podía tener Childebarto semejante idea. También habló Gontran muy mal de la reina Brunequilda, á quien atribuía haber aconsejado todo; suponiendo, además, que esta reina había invitado al hijo del difunto Gundobaldo á ir á verla, con la intencion de casarse con él. A consecuencia de todo esto, Gontran convocó un sínodo de obispos para el 1.º de noviembre; pero como la reina se descargó de la acusacion por medio de juramento, regresaron á sus ciudades muchos obispos que desde los confines de la Galia acudían al sínodo y supieron en el camino que Brunequilda con su juramento había hecho supérflua la reunion. Por lo mismo fué permitido también otra vez el libre paso por los Estados de Gontran á los hombres del reino de Childebarto.

»En aquellos dias fué á ver al rey Ingotruda (2), que había fundado el convento (3) situado en el átrio de la basílica de San Martin, para quejarse de su hija. Vivía en el mismo convento Bertifleda, hija del difunto rey Cariberto, pero aficionada á los goces mundanos y á echar largos sueños, había dejado el convento é ido á vivir en el territorio del Mans.

»Creo conveniente referir desde su origen la queja que Ingotruda tuvo con su hija. Años atrás, cuando Ingotruda estaba fundando (4) su congregacion monástica de mujeres delante de la basílica de San Martin, envió este mensaje á su hija: «Deja á tu marido y ven, porque te haré abadesa de la grey que he reunido.» La hija prestó oídos á este consejo imprudente; fué con su marido á Tours y una vez allí entró en el convento de su madre y dijo á su marido: «Vuelve á casa y cuida nuestros hijos, porque yo ya no regresaré contigo, pues no verá el reino de Dios el que contrae lazos matrimoniales.» El hombre vino á verme á mí y me refirió lo dicho por su mujer. Pasé al convento y leí allí á las mujeres el precepto del concilio de Nicea que dice: «Será anatematizada la mujer que abandona á su marido y el lecho conyugal habiendo hecho buena vida (matrimonial);» bajo el pretexto que la mujer que está atada por lazos matrimoniales no puede participar de la gloria del reino del cielo (5).

»Cuando Bertegunda (6) oyó esto, temiendo ser excomulgada por los obispos, salió del convento y volvió con su

(1) Contra el pacto de Andelot.

(2) Parienta suya por la parte de Ingunda, madre de Gontran.

(3) Llamado de Sainte-Marie-d'Escrignole y trasladado á principios del siglo XI al cerro de Bellusmons. — Ruinart.

(4) Es decir, cuando estaba ocupada en reunir las monjas que habían de constituir el monasterio.

(5) Este precepto ú otro análogo es del Sínodo de Gangra (cánon 14) cuyas resoluciones solian añadirse á las de Nicea. — Ruinart.

(6) Así se llamaba la hija de Ingotruda.

marido á su casa. Pasados tres ó cuatro años recibió otra invitacion de su madre para que fuese á vivir con ella, y hallándose su marido ausente, cargó lo que pudo de su pertenencia y de la de su marido en un barco y se fué (por el Loira) á Tours llevando en su compañía á uno de sus hijos; pero como no le fué permitido á su madre tenerla en su comunidad, por ser cosa pecaminosa teniendo la hija marido, temió ser acusada como autora del pecado y envió á su hija á casa de su hijo, el obispo Bertran de Burdeos, hermano de Bertegunda. Este la admitió, y cuando su marido la reclamó, contestóle: «No puede considerarse como esposa legal tuya porque se casó sin el consentimiento de sus padres.» El caso era que hacia entonces unos treinta años que los dos se habían casado. El marido hizo desde entonces muchos viajes á Burdeos para reclamar á su mujer, pero no pudo conseguir que se la entregaran. Cuando el rey Gontran visitó la ciudad de Orleans, segun referimos en el libro anterior (y acudió también allí el obispo Bertran para obtener su perdon por el apoyo que había dado á Gundobaldo), el marido, en términos violentos, echó en cara á este obispo su conducta, diciendo: «Me has quitado á mi mujer y á su servidumbre, y ambos cometeis cosas indecorosas, tú con sus criadas y ella con tus criados.» Esto indignó al rey, el cual hizo prometer al obispo que devolvería la mujer á su marido, diciendo: «Ella es parienta mia; si ha sido maltratada en casa de su marido, seré yo su vengador, y si no lo ha sido ¿por qué se hace este ultraje al marido y se le arrebatá á su esposa?» Entonces prometió el obispo lo que se le pidió, pero con esta advertencia: «Mi hermana vino, en efecto, al cabo de muchos años á verme y la he tenido en mi casa por el amor que la profeso y el deseo de tenerla á mi lado, pero ahora se ha marchado; que el marido la busque y la haga volver á su lado; yo no se lo impediré.» Dicho esto, envió secretamente mensajeros á su hermana, aconsejándola que cambiara el traje laico por el religioso y se refugiara en la basílica de San Martin, y así lo hizo ella sin perder tiempo. Quiso su marido, acompañado de muchos hombres, arrebatársela á la fuerza del asilo; pero ella, vestida de religiosa, no quiso seguirle, diciendo que tenía que cumplir una penitencia. De regreso á Burdeos, murió el obispo Bertran y entonces se espantó la mujer y exclamó: «¡Ay de mí, que he prestado oídos al consejo de mi perversa madre! ¡Ahora he perdido á mi hermano, me veo abandonada de mi marido y separada de mis hijos! ¿Adónde iré ahora, infeliz de mí? ¿qué haré (7)?» Entonces determinó pasar á Poitiers, porque si bien su madre quiso que se quedara con ella, no pudo conseguir la autorizacion al efecto. Todo esto fué causa de enemistad entre las dos mujeres, que acudieron con frecuencia al rey, reclamando la una la herencia de su padre (8) (en virtud de una pretendida donacion testamentaria de su hermano el obispo), y la otra, la madre, la misma herencia (en su calidad de viuda del padre), por provenir de su esposo.

»Bertegunda apoyó su pretension en una acta de donacion de su hermano Bertran, diciendo: «Esto y esto me ha donado mi hermano.» Su madre no reconoció la donacion y lo quiso todo para sí como propietaria legítima, y para mayor seguridad envió hombres que penetraron en la casa de su hija y robaron todo lo que encontraron, además del acta de donacion; pero luego tuvo que reconocerse autora del robo y restituir á su hija, á reclamacion de ésta, varias cosas roba-

(7) Todo esto porque el obispo Gregorio no consintió que se quedara con su madre en el convento por ser contrario á los cánones.

(8) Disponible otra vez, como pretendió erróneamente Bertegunda, por la muerte de su hermano, el obispo Bertran, heredero que había sido de su padre.

das. Yo y mi hermano el obispo Maroveo (de Poitiers), recibimos cartas del rey excitándonos a reconciliar á la madre con la hija; á cuyo objeto hicimos comparecer en Tours, ante nuestro tribunal (eclesiástico), á ambas; Bertegunda vino y pudimos hacerla entender la razon; pero la madre permaneció inflexible, y furioso se presentó al rey pretendiendo despojar á su hija de la herencia de su padre. Cuando hubo expuesto en presencia del rey y en ausencia de su hija las razones en que apoyaba su pretension, fué sentenciada á entregar á su hija la cuarta parte de la herencia, quedándose con las tres otras cuartas partes para sí y los nietos que habia tenido de otro hijo. Vino á vernos el sacerdote Tentaro, que habia sido canciller del difunto rey Sigeberto y solo de poco tiempo acá habia entrado en la carrera eclesiástica. Estaba encargado por el rey de efectuar la particion de la herencia; pero la hija no se conformó, y así ni se hizo la particion ni se zanjó el pleito.»

La decision era, pues, meramente un arbitraje amistoso y al cual se sometian ó no los interesados.

«Riguntis, la hija de Chilperico y de Fredegunda, hablaba con frecuencia muy mal de su madre, diciendo tambien que ella era la señora y la madre su vasalla, y tanto y tan á menudo la irritó con sus denuestos que á veces llegaron á las manos, dándose puñadas y bofetones, hasta que un día la madre dijo: «¿Por qué me estás atormentando, hija? Mira, aquí están las riquezas de tu padre que en mi poder tengo, tómalas y haz de ellas lo que te plazca;» y diciendo esto entró en el tesoro, abrió una arca llena de collares y otras alhajas preciosas, y despues de sacar y poner en manos de su hija diferentes objetos, dijo: «Ahora estoy cansada, saca tú misma lo que encuentres.» Cuando la hija se metió de cabeza y empezó á sacar cosas, le echó la madre la tapa del arca sobre el cuello, apretándola con toda su fuerza. El refuerzo interior de madera le apretó tanto la garganta, que los ojos amenazaban salirse de las órbitas. Entonces una criada que allí estaba gritó: «¡Acudid, os suplico, acudid! ¡mi ama muere ahogada horrorosamente á manos de su madre!» A estas voces acudieron los que estaban aguardando fuera, se precipitaron en la habitacion y libraron á la jóven de la muerte inminente y la sacaron fuera. Despues de esto exacerbóse mas que nunca la enemistad entre las dos mujeres, principalmente, además de los otros motivos, por la conducta licenciosa de Riguntis, de suerte que los golpes y disputas no cesaban entre ellas.»

No es posible asegurar que las mujeres germánicas paganas que pintó Tácito y de que nos habla la tradicion hubieran mejorado moralmente con el cambio de creencias, aunque no solo las mujeres eran propagadoras incansables de la nueva doctrina, sino que madres é hijas, como en Poitiers, fundaban conventos y se hacian monjas y abadesas. Tambien Fredegunda mostraba, á su modo, una especie de cristiandad, cuando en las enfermedades ó en la muerte de sus hijos temia el castigo de Dios por el asesinato de los de su marido, y cuando quemaba los libros de contribuciones relativas á pueblos que estaban bajo el patronato de algun santo milagroso.

«Beretruda (1), instituyó al morir heredera á su hija, despues de haber dejado mucho á los conventos de monjas que habia fundado, á las iglesias principales y á las basílicas de los santos mártires. Vado (2) se quejó de que el yerno de Beretruda le habia robado caballos, por lo cual quiso para su indemnizacion apoderarse de una hacienda situada en el

(1) Viuda del jefe Launebodo, en vida del cual los dos erigieron á sus expensas la iglesia de San Saturnino, en Toulouse, por cuyo motivo Venancio Fortunato hizo su apología.

(2) El mayordomo de Raguntis.

territorio de Poitiers, que Beretruda habia dejado á su hija. «Este hombre, procedente de otro reino, me ha robado mis caballos, — dijo Vad, — pues bien, yo le robaré su hacienda.» Decidido á hacerlo, envió al administrador de aquella finca la órden de prepararlo todo para su recepcion y manutencion. Pero el encargado se convino con el demás personal de la casa para no someterse al usurpador, diciendo: «Si no muero no entrará Vado en la casa de mi amo.» Enterada la mujer de Vado de que en la hacienda estaban preparados á hacer la guerra á su esposo, dijo á éste: «Esposo mio, no vayas allí, porque perderás la vida si vas, y yo quedaré con los hijos en la miseria;» el hijo, que debia acompañarle, abrazóle y trató tambien de detenerle, diciendo: «Si te vas, moriremos los dos, la madre quedará viuda y mis hermanos huérfanos.» Estas palabras, en lugar de detenerle, le encendieron en ira; llamó cobarde á su hijo, y le arrojó su hacha de guerra, de suerte que á no haber dado un salto para evitar el golpe, le habria abierto la cabeza. Montaron despues á caballo y marcharon, no sin que Vado despachara antes otro mensajero al administrador mandándole hacer barrer la casa y extender mantas sobre los bancos. El administrador no hizo caso de esta órden, y con todo el personal, hombres y mujeres, aguardó la llegada de Vado delante de la casa. Vado llegó y entró sin detenerse diciendo: «¿Por qué no están cubiertos estos bancos con mantas, ni está barrida la casa?» Y en el acto levantó la daga y dió con ella en la cabeza al administrador, el cual cayó y expiró. Al ver esto su hijo, arrojó contra Vado su falaria atravesándole de parte á parte. Al caer Vado, todos los que estaban reunidos allí echaron piedras sobre él, pero algunos de los que con él habian ido se precipitaron donde yacía á pesar de la lluvia de piedras, le cubrieron con una capa y calmaron á la multitud. El hijo de Vado, lanzando grandes lamentos, le puso sobre un caballo y le llevó á su casa vivo todavía, pero allí expiró en medio de su mujer é hijos deshechos en lágrimas. Su hijo fué inmediatamente á ver al rey, el cual le concedió los bienes de su padre.

»En el ya mencionado año del reinado de Childeberto (en 589) el rey pasó una temporada con su madre y esposa en el territorio de la ciudad de Estrasburgo. Allí fueron á verle los hombres mas notables de Soissons y de Meaux, y le dijeron: «Danos uno de tus hijos á fin de que le sirvamos como prenda y vástago tuyo, para resistir mejor á los enemigos y defender con mas brío los territorios de tus ciudades.» El rey, muy gozoso de esta peticion, determinó enviar allí á su hijo mayor Teodeberto, como lo hizo en el mes de agosto, enviando con él todo el personal necesario, gobernadores, domésticos, administradores, ayos (3) y demás. El pueblo le recibió con alegría y pidió á Dios que le diera, lo mismo que á su padre, larga vida.

»Era entonces obispo de la ciudad de Soissons, Droctigiselo, que hacia ya mas de tres años que habia perdido el juicio por el abuso de la bebida. Muchas personas, viendo que la demencia se recrudecia cuando el obispo estaba en la ciudad y se calmaba cuando salía fuera, decian que era efecto de algun hechizo de su arcédiano, á quien habia destituido. Cuando el mencionado Teodeberto vino á la ciudad no se permitió al obispo entrar en ella, aunque se hallaba á la sazón mejor (para evitar un escándalo público), puesto que le tocaba entonces recibir al hijo del rey. Era este obispo en extremo voraz y bebedor de vino, aun mas de lo que la naturaleza humana consiente y mas que conviene al decoro y prudencia de un sacerdote, pero jamás le acusó nadie

(3) Para la educacion corporal; la material y de ejercicios físicos varoniles (*Nutritores*).

de delitos carnales. El sínodo que en el año siguiente se reunió en la hacienda de Soucy (1), resolvió permitir á este obispo la vuelta á su ciudad.»

En estos francos, tanto laicos como eclesiásticos, no se encuentra ninguna señal de que hubieran progresado ni de que hubiesen abandonado su primitiva ferocidad y sus vicios; segun vemos en los casos de Vado y Droctigiselo.

«Hallándose Faileuba, esposa de Childeberto, enferma á consecuencia de un mal parto, llegaron á sus oídos voces de que ciertas personas tramaban un atentado contra ella y contra la reina Brunequilda. Restablecida ya, fué á ver al rey y á su madre y les comunicó lo que habia oído, á saber: que Septimina, aya de sus hijos, se proponia aconsejar al rey que despidiera de su presencia á su madre, abandonara á su esposa y se casara con otra. Entonces los conspiradores harian lo que quisiesen ya por medio de súplicas, ya de otra manera, y en el caso de que el rey no quisiese seguir este consejo, le matarian con hechizos ó con venenos, proclamarían reyes á sus hijos, expulsarian á la madre y abuela de éstos y gobernarían el país á su capricho.»

Aquí tenemos otra vez á los francos poderosos conspirando para constituir una regencia y gobernar en nombre de los hijos menores del rey.

«Señaló como conjurados á Sunigiselo, caballero mayor del rey (*comes stabuli*), Galomagn, canciller, y Droctulfo, auxiliar de Septimina en la educacion de los príncipes. Estos dos últimos fueron presos, atados á postes y azotados, duramente; Septimina confesó luego que habia muerto con maleficios á su marido Jovio por amor á Droctulfo, con el cual tenia relaciones ilícitas; y sobre la conspiracion declararon ambos lo que sabian y que los otros dos sujetos citados estaban complicados en ella. Envióse á buscarlos, pero temiendo estar descubiertos habíanse ocultado en asilo sagrado. El rey en persona fué á verlos allí y les dijo: «Salid y presentaos ante la asamblea judicial á fin de que pueda aclararse si sois culpables ó no; á mi me parece que no os habrías refugiado en esta iglesia si vuestra mala conciencia no os hubiese espantado; pero os prometo la vida, aunque resulteis culpables, pues somos cristianos, y es un crimen quitar la vida hasta á criminales que se sacan de una iglesia.»

Entre semejantes bárbaros que aunque eran bautizados no comprendian gran cosa de la doctrina cristiana, era ya una victoria notable de la Iglesia haber conseguido que se respetara el privilegio del asilo sagrado, privilegio que consistia al parecer principalmente en garantizar la vida al refugiado, y hasta cierto punto, pero no siempre, la exencion de mutilacion y hasta de azotes.

«Entonces fueron sacados aquellos de la iglesia y conducidos ante la asamblea en presencia del rey (2). En la discusion, negaron toda participacion en el crimen y dijeron: «Fueron Septimina y Droctulfo los que nos propusieron el plan, pero nosotros lo rechazamos.» A esto replicó el rey: «Si no hubieseis estado en connivencia con ellos nos habrías avisado de lo que se tramaba; y como lo habeis tenido oculto, es patente vuestra complicidad.» Con esto fueron despedidos de la asamblea y volvieron á la iglesia. Septimina y Droctulfo fueron azotados terriblemente y señalados en la cara con hierro candente; todo cuanto poseían les fué quitado; ella fué enviada á la hacienda de Marlenheim (3) y condenada á dar vueltas al molino de harina para la comida diaria de las siervas. A Droctulfo le raparon la cabeza (4), le

(1) *Sauriacum Villam* dice Gregorio, Soucy, cerca del rio Aisne, segun Lougnon.

(2) Este como acusador ó demandante.

(3) En la comarca de Zabern, en Alsacia.

(4) En señal de servidumbre.

cortaron las orejas, y se le hizo roturar y plantar una viña. Evadióse á los pocos días, pero descubierto y preso otra vez por el administrador (*capataz*), fué presentado al rey, que mandó azotarle de nuevo y volverle á la viña. Sunigiselo y Galomagn perdieron cuanto poseían del fisco y fueron proscritos; mas por intercesion del rey Gontran, que á este efecto envió una embajada de la cual formaron parte tambien obispos, fueron llamados de su destierro y se les devolvió lo que les pertenecia en propiedad (5). Esto era ya mucho, pues segun hemos visto los reyes no desperdiciaban ocasion alguna de confiscar todo cuanto poseían los culpables ó las víctimas, dejando en la mas completa indigencia á sus esposas é hijos. En el presente caso estaba confiscado todo segun parece; aquellos dos francos debieron solo á los buenos oficios del rey Gontran y de los obispos, que probablemente habian aconsejado á su rey, que Childeberto se contentara con recobrar los bienes procedentes del fisco.

En lo que ahora sigue veremos otra vez la pobre idea que los francos cristianos tenían de la religion y lo poco que florecian las creencias en los conventos de monjas de esta raza.

«En el convento de Poitiers originó un escándalo el diablo, que se habia introducido en el corazon de Crodielta, la cual tenia mucho orgullo por ser hija del difunto rey Cariberto. Ensoberbecida con su parentesco hizo jurar á las monjas que expulsarian del convento á la abadesa Leuovera á fuerza de acusaciones y la nombrarian abadesa á ella. Despues se salió del convento con cuarenta ó mas jóvenes monjas, entre las cuales se hallaba su prima Basina, hija del rey Chilperico (6), y les dijo: «Yo iré á ver á los reyes, mis parientes, para exponerles que aquí nos tratan como si fuésemos hijas de miserables siervos y no de reyes.» ¡Mujer desgraciada y liviana! ¡No se acordaba de la vida humilde que habia llevado Santa Radegunda en aquel mismo convento, fundado por ella!

»Ya fuera del convento pasaron (las fugitivas) á Tours y vinieron á saludarnos (á Gregorio), y dijo Crodielta: «Te suplico, oh santo obispo, que te dignes mantener y tener cuidado de estas jóvenes, á quienes la abadesa de Poitiers ha sometido á tan humillante trato, hasta que yo, que voy á ver á los reyes, nuestros parientes (de Crodielta y de Basina), vuelva, despues de haberles expuesto lo que sufrimos.» Yo les contesté: «Si la abadesa ha faltado ó infringido alguna regla canónica, pasaré á ver á mi hermano el obispo Maroveo y entre los dos la reprenderemos, y corregidos que sean los abusos volved á vuestro convento, á fin de que no se pierda con el desenfreno lo que ha reunido Santa Radegunda, á fuerza de ayunos, oraciones y limosnas.» «Nada de esto, — dijo Crodielta, — iremos á ver á los reyes.» Entonces dije yo: «¿Por qué os oponéis á la razon y os haceis sordas á la amonestacion episcopal? Temo que reunidos los obispos os excluyan de la comunión de la Iglesia;» pues así está mandado en la carta que nuestros predecesores escribieron á Santa Radegunda para la constitucion de su comunidad; carta que me parece conveniente insertar aquí textualmente:

TEXTO DE LA CARTA

«A la muy santa señora Radegunda, hija de la Iglesia por Cristo, los obispos Eufonio, Pretextato, Germano, Félix, Domiciano, Victorio y Dómnolo (7):

»Guardadores celosos del género humano con la solicitud y los medios salutíferos de la divinidad infinita, que en nin-

(5) Lo que no era donacion del rey,

(6) Y de Andovera.

(7) Respectivamente de Tours, Ruan, Paris, Nantes, Angers, Rennes y Le Mans. — Ruinart.